

Éric Sadin, *La vida espectral. Pensar la era del metaverso y las inteligencias artificiales*, Argentina, Caja Negra, 2024, 236 pp. ISBN: 978-987-8272-17-7

DAVID RAMOS CASTRO
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Eric Sadin es un pensador francés con una obra de *longue haleine* –dirían en su país–, la cual cuenta ya con una diversa lista de títulos publicados desde inicios del año 2000 y con una notoriedad que ha crecido en el último decenio, gracias, en parte, a los nuevos libros del autor (centrados todos ellos en las nuevas tecnologías, la digitalización y el devenir de las sociedades humanas), pero también a sus conferencias y apariciones en medios, en los que Sadin ha demostrado poseer una gran versatilidad para exponer sus ideas, hilvanándolas con apasionada soltura y sin rehuir la polémica, algo muy del gusto de la visibilidad mediática, dicho sea de paso. En estos últimos años, su obra también ha llegado a los lectores hispanohablantes, después de que la editorial argentina Caja Negra publicara *La humanidad aumentada* (2017), *La silicolonización del mundo* (2018), *La inteligencia artificial* (2020), *La era del individuo tirano* (2022) y, en 2024, *La vida espectral*, último libro hasta la fecha del autor, quien lo había publicado originalmente en francés un año antes, en Éditions Grasset.

El libro de Sadin parte, y no por casualidad, de la poderosa metáfora del espectro. Su intención consiste en captar con ella el latido de nuestro tiempo, merced al cual nos vemos abocados a mantener relaciones continuas con entes fantasmagóricos. Pero ¿de qué tipo? Para la ocasión, Sadin decide iniciar su libro con una evocación a la figura fantasmal del padre de Hamlet, quien, como sabemos, acude a revelar a su hijo el secreto de una traición que reclama venganza. De hecho, es aquel espectro el detonante de toda la tragedia que su revelación desencadena. Visto desde nuestro presente, su sombra de ultratumba nos ofrece una antesala más allá de la

cuál penetramos en nuevos territorios, en un tiempo compuesto por imágenes, sombras y voces sin cuerpo que nos sitúan y nos sitian, al mismo tiempo, en una actualidad evanescente y difusa. Aunque se trata ahora de otros espectros y de otras voces, que portan consigo inquietantes pero diferentes secretos. La distancia que separa al fantasma paterno del joven príncipe danés de la imaginación arrasada de un usuario en una aplicación digital, es algo que, ya de entrada, da sentido a la exploración que realiza Éric Sadin en *La vida espectral*, y, desde luego, a su título.

“¿Nos damos cuenta hasta qué punto el orden del logos –un logocentrismo que no tiene fe sino en su única autoridad y que excluye toda dimensión no esquematizable y sensible– comienza a cubrir, de un extremo a otro, el orden de lo real?”, pregunta Sadin (p. 109). Su interrogante surge literalmente *in media res*, casi en la mitad de la obra, pero surca todo el libro y nos sirve como brújula para orientarnos a través de los temas habituales que atraen la reflexión del filósofo y jalonan su inquietud principal: el estado actual del mundo y su relación con las tecnociencias que hoy capitalizan los gigantes GAFAM (Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft), por medio del despegue de la llamada inteligencia artificial generativa y de experiencias inmersivas como las que propone el metaverso. Ambos casos permiten al filósofo francés pintar una escena que dista mucho de la algarabía reinante con la que esos campos específicos de la tecnociencia, ayudados por el capital y la industria de la comunicación, publicitan sus logros como grandes pasos para el futuro de la humanidad. Para Sadin, por el contrario, lo que se barrunta allí es una situación distinta y poco festiva, que enfrenta al individuo y la sociedad a riesgos que van en la dirección de una racionalización extrema de la vida y de un “proyecto civilizatorio” que busca en todo lugar y momento “organizar el mejor avance del mundo” (p. 24).

Pero ¿en qué se cifra, y para qué, el interés de tal avance? Sadin responde a partir de la sociedad que, a su juicio, está construyéndose: “un régimen de la puesta en adecuación universal automatizada”. Se trata de un objetivo que nos obliga a recordar lo ocurrido hace apenas unos años, en 2020, en plena pandemia de COVID-19, pues fue entonces que proliferación imágenes y actividades de todo tipo, pero realizadas desde la dis-

tancia, induciendo, así, “la confusión entre los flujos de la vida y los flujos digitales”. “La humanidad se veía —escribe Sadin—, de buenas a primeras, sumergida en una atmósfera puramente espectral” (p. 27). No se trataba, en todo caso, de un cariz espectral equivalente al que atosigaba al joven Hamlet, sino uno inédito, impulsado por una nueva condición fantasmal, que hacía que ahora los espectros surgieran de un paulatino desmantelamiento de las relaciones presenciales, carnales, sustituidas por esas otras “presencias distantes”, que menciona el autor del libro.

Para calibrar el avance de toda esa colonización de sombras y ecos, había, sin embargo, que tomar conciencia de una historia que se venía realizando desde hacía años; una historia que sólo podía entenderse plenamente desde los efectos que había causado el despliegue ubicuo de los dispositivos tecnocientíficos, tanto en los individuos como en los proyectos sociales que aún se animaban a pensar que una buena vida común era posible. Éric Sadin desgrana los detalles de dicho transcurso, y lo hace a través de un viaje con cuatro paradas (de tres capítulos cada una) y un epílogo final. En ese tiempo y espacio (el del libro), abastece con reflexiones y casos sus principales argumentos. Siguiendo el orden de la obra, su exploración analítica e interpretativa se vuelca a desmenuzar el estado actual de nuestra situación hipertecnológica, teniendo en cuenta para ello lo que sucede en ambas orillas: la individual y la colectiva. De ahí que el autor francés distribuya su análisis en cuatro grandes apartados que le sirven, a su vez, para pensar en la situación del cuerpo, lo real, las relaciones sociales y, finalmente, acerca de lo que él mismo llama un “proceso de desubjetivación”.

Sadin advierte de la existencia de una “trinidad fractal entre la tecnología, el cuerpo y la sociedad”, que hace “que las mismas estructuras se encuentren de modo idéntico —en escalas muy diferentes— en distintos objetos” (p. 55). Una inédita “homología” que introdujo, en cada caso, e históricamente, una lucha entre fuerzas antagónicas, como, por ejemplo, entre el carbón y el agua para la fabricación de la antigua máquina de vapor (en el nivel tecnológico); de la fuerza corporal y su reducción maquinal para la producción del trabajo (en el nivel corporal), y de la lucha entre obreros y capitalistas para la realización de la vida (en el

nivel social). Desde el inicio del capitalismo industrial hasta el comienzo de la computación en los años 1970, pasando por la invención del *management* y la naciente cibernética de los 1950, que pretendía “erigir sistemas computacionales que pudieran administrar lo mejor posible la complejidad de los asuntos humanos” (p. 61), Sadin cree detectar la clave de la trama que se teje desde entonces, y que, según él, apunta no tanto al control cuanto al “análisis de los movimientos y las cosas a fin de que éstos sigan moviéndose, pero esta vez alineados según objetivos organizacionales o finalidades lucrativas” (pp. 64 y 65).

El desarrollo de las pantallas resume una historia sociocultural que había iniciado el cine y la televisión, y que ahora llegaba hasta nuestros *smartphones*. Entre tanto, el *input* de las cosas entregaba, como *output*, una corporalidad que se había visto profundamente alterada. “El privilegio asignado al régimen retiniano” (en palabras de Sadin) había relegado a los demás sentidos a una posición marginal. La historia no era nueva, y el propio autor, en un ingenioso giro interpretativo sobre la imbricación de pantallas y miradas, veía en la invención del escaparate una prolongación del capitalismo mercantil y su primera interfaz. Pese a ello, las nuevas tecnociencias pronto se percataron de las limitaciones de aquella hegemonía visual, no sólo a causa de la pluralidad original de nuestros sentidos, irreductibles a lo ocular, sino en función de las modificaciones de nuestra corporeidad. En su posterior oferta de experiencias inmersivas, tuvieron que prometer inmersiones que fueran más integrales y acordes con la multisensorialidad, pero también con un “capitalismo de la fijación de los cuerpos” (p. 83), cuyo proceso de sedentarización corporal “abría nuevos horizontes, tanto industriales como de organización social” (p. 85).

Aquellas existencias inmovilizadas no dejaban, empero, de reflejar una contradicción en los desarrollos capitalistas de nuestro tiempo, pues contrastaban con la promoción de un constante y agitado movimiento de seres y cosas que había caracterizado la modernidad durante mucho tiempo. Lo que se produce ahora, para Sadin, y lo que se perfila de cara al porvenir, encaja, por el contrario, con un panorama muy distinto, que lo que pretende es “instituir usos que trasciendan nuestra constitución antropológica” (pp. 90 y 91), mientras nosotros nos vemos imbuidos

de tecnología y embebidos por entornos sobre los que planea en todo momento el interés por afinar la producción de sensaciones artificiales. Como resultado, la sociedad “se convierte en átona, desvitalizada, fantasma” y, en su lugar, prolifera una realidad ajustada a criterios algorítmicos que reproducen todo lo que ella contiene y optimizan las opciones relacionales que en ella anidan. En la frase de Jacques Lacan, “lo real es cuando uno se golpea”, encuentra Éric Sadin la diferencia entre una realidad indómita y una realidad algorítmica que se desentiende de la catástrofe (en el sentido de lo discontinuo e imprevisible), plegándose, en cambio, a una idea de inteligencia (artificial) que se contenta con ejecutar un “peritaje automatizado de lo real, capaz de formular recomendaciones sobre la marcha a individuos y entidades” (p. 100).

Una y otra vez, el autor argumenta, con todos los ejemplos posibles, cuál es el carácter subyacente de la conversión social del leviatán por una nueva y gigantesca máquina de computación algorítmica y un futuro cuántico. Para Sadin, se trata de “dar a luz fantasmas cada vez más omniscientes, prodigando la palabra correcta para todos y cada uno de nosotros, muy pronto, día y noche, incluso dentro de nuestras cavernas de píxeles” (p. 119). De resultas de lo cual, el *stahlharte Gehäuse* de Max Weber, traducida como “coraza de hierro” o “jaula de hierro”, deviene ahora –en el léxico de Sadin– una “jaula de píxeles poblada de fantasmas” (p. 122). Sin embargo, aunque el material de la jaula hubiese cambiado, su función seguía siendo idéntica: expresar la extrema racionalización que es propia de nuestras sociedades y, como resultado, incidir en el desencantamiento mundano que se incorpora a nuestra existencia cotidiana. “Ya lo hemos comprendido –afirma Sadin–: la personalización algorítmica y pixelada de nuestra relación con el mundo acalla nuestro poder de acción, que depende del ejercicio de nuestro propio juicio y compromete a nuestra conciencia y racionalidad” (p. 120).

Uno de los síntomas de la anemia social que se despliega en este ambiente de extrema racionalización digital (basado en los algoritmos de la inteligencia artificial y los paisajes inmersivos, pero también en lo espectral de la robótica) y de paulatino adelgazamiento de la vida social e individual, tiene que ver con otro de los “logros” de la inteligencia arti-

ficial generativa: lo que Sadin llama “el *promptismo* generalizado”, o sea, la tendencia a reducir la complejidad de los problemas humanos y mundanos a un haz de instrucciones, como hacen los códigos y comandos en los sistemas artificiales de generación de texto o imagen, como ChatGPT o Midjourney. Es un apunte importante captar aquí “la dimensión inseparable entre el auge del neoliberalismo que tiene lugar desde hace varias décadas y este recorte a escala infinitesimal con fines instrumentales”, el cual, debido a su radical pero funcional esquematismo, no sólo nos instaló en un nuevo utilitarismo relacional (“una tecnologización de las relaciones”, la llama Sadin), sino que ha remodelado completamente el panorama de nuestros vínculos sociales.

Al deterioro de tales nexos dedica el pensador francés los dos últimos capítulos del libro, en los que cree poder corroborar sus peores pronósticos, sobre todo a hilo de lo acontecido en el mundo, luego del primer confinamiento que impuso la pandemia. Lo que observa Sadin, a través de un resumido y rápido recuento de la relación social que inducían medios de comunicación como la carta, el teléfono, el SMS o, ahora, plataformas como Zoom, es el progresivo “distanciamiento de los demás, de sus cuerpos, de su presencia bruta; también del calor –térmico y afectivo– con el que pueden gratificarnos” (p. 150). Casi como una versión de aquel “Die Wüste wächst” de Nietzsche (“el desierto crece”), lo que vemos crecer y avanzar sin pausa desde el año 2020 es un “reduccionismo relacional cada vez más común en el trabajo” (p. 160), “un distanciamiento instituido del otro” (p. 160) y un paradójico “aislamiento colectivo” (p. 161). Todo ello cocinándose con el adobo de una visibilidad de los demás que, al mismo tiempo, “se hizo cada vez más fugaz, parcial, espectral, alternada de irrupciones y desapariciones incesantes” (p. 161).

Y en medio de tamaña erosión social, de una catástrofe sanitaria que, de pronto, anulaba nuestros rasgos faciales básicos detrás de una mascarilla, las tecnociencias digitales, con todo su instrumental a punto, se encargaron de fomentar la idea de que cada cual tenía la capacidad de modificar su ser a placer y con la facilidad de pulsar una tecla. Algo recuerda aquí la ingeniosa frase del pensador marxista Michel Clouscard, “todo está permitido, nada es posible”; es decir: todo lo que está a disposición de la acción

individual se muestra indisponible para el verdadero cambio social. Los recientes acontecimientos mundiales, las protestas acalladas por la fuerza contra guerras y genocidios, sugieren invertir el retruécano y decir más bien que nada está permitido, pero que todo es posible, lo cual retuerce aún más la lógica perversa que articula nuestra actual impotencia común.

Sin embargo, algo no había cambiado: cuanto más se prohibían las transformaciones reales del mundo, más importaba concentrarlo todo en las posibilidades que se le habían prometido a una subjetividad exacerbada, perdida y veleidosa. Para Sadin, los nuevos operadores de la digitalización habían dado nacimiento “a un entorno esencialmente psiquiátrico, uno que ya no depende de un orden común, sino que está tramado por los impulsos subjetivos y caóticos de las personas que se apoyan sin medida en estos sistemas” (p. 167). Lo más llamativo y trágico es que una situación tal, caracterizada por la carencia y la miseria de nuestras relaciones con los demás y con el valor de nuestras propias cualidades, se convertía, como resultado de los dispositivos artificiales, “en un *ethos* luminoso y deseable” (p. 170). Para Sadin, aquel contexto debía leerse como un nuevo “fenómeno antropológico y civilizatorio” (p. 184), antes que como un mero cambio social. Nuestra absorción por un mundo reificado, a partir del incesante claqueo de cálculos, instrucciones y comandos artificiales, no sólo suponía priorizar la sensación de que todo se conjugaba en favor de nuestros deseos, sino que produjo “un tipo diferente de subjetividad: una que se cree omnipotente y se desarrolla como ‘al abrigo’” (p. 185). Nacidas bajo el signo de la paradoja, tales conciencias (que Sadin califica de esquizoides) se envanecían al mismo tiempo que engrosaban una “subjetividad desvitalizada” (p. 186), contribuyendo a crear “un ‘devenir vegetal’ de la humanidad” (p. 187).

A pesar del elogio general que resume mi lectura del libro de Éric Sadin, me resultan cuestionables sus críticas al simulacro en Jean Baudrillard, que considera caduco; y al “capitalismo de la vigilancia” en Shoshana Zuboff, que ve como un anacronismo. Aunque Sadin reconoce el carácter precursor de Baudrillard, cree que su concepto de simulación no capta la “refabricación de lo real”, que es, a su juicio, lo que acometen hoy las tecnologías algorítmicas. Sin embargo, la postura de Sadin no explica por

qué dicha refabricación no podría emparentarse con el simulacro o, cuando menos, con la idea de hiperrealidad mencionada por Baudrillard. Si un producto típico de la deriva algorítmica, como las *fake news*, participa de ese ajuste de deseos y acciones que insiste en denunciar Sadin, ¿por qué tendría que significar eso que la simulación hubiera dejado de latir en él? En cuanto a Zuboff, no parece convincente calificar de “anticuada” su idea de vigilancia simplemente porque “no estamos en modo alguno ante ‘un capitalismo de la vigilancia’ [...], sino ante un monitoreo robotizado de los flujos de la vida, que se opera crecientemente en tiempo real” (p. 104). ¿Queda acaso cancelada la vigilancia porque las voces espectrales que percibe Sadin parecen más ocupadas en monitorizar datos, predecir deseos y manipular actos? Un juicio salomónico como ése, en el que sólo cabe un ángulo de análisis y no la complementariedad con otros posibles, dificulta, además, concebir el capitalismo desde sus múltiples caras, pero atendiendo a la vez a una teoría general del mismo. Hablar, en este sentido, como hace el autor francés, de un “capitalismo de la devoración” (p. 80), de “un capitalismo –hematológico– de la fijación de los cuerpos” (p. 82) o de un “capitalismo de la hiperpersonalización” (p. 100) no ayuda a entender si estamos ante fenómenos diferentes, o si más bien nos hallamos frente al mismo fenómeno, pero con variaciones concretas que habrá que analizar en cada caso, y que incluyen actos de devoración, de fijación de cuerpos o de personalización extrema.

Con todo, considero que *La vida espectral* ofrece una indudable y notable aportación al debate actual acerca de las cuestiones tecnocientíficas que entraña la digitalización, y que tan acuciantes resultan en nuestra época; pero, sobre todo, que supone un acicate –como gran parte de la obra de Éric Sadin, quien se confirma como un destacado pensador contemporáneo– para cobrar conciencia, precisamente, de la falta de debate social acerca de asuntos como éstos, que tanto nos conciernen. Por lo demás, se trata de un libro escrito con una atractiva prosa, habitual en este escritor, quien muestra además un talento divulgativo que favorece su llegada a un público amplio y diverso.